

Reseñas

Edmundo Hernández-Vela Salgado, *Diccionario de política internacional*, Porrúa, 6a. ed., México, 2002, 2 vols.

Desde la antigüedad, “el sueño de la biblioteca universal atormenta la imaginación occidental”¹ o, según se vea, la humanidad ha buscado desde entonces la manera de concentrar y organizar el conocimiento. Tres ejemplos, de distinta época, son la famosa biblioteca de Alejandría, la práctica medieval de elaborar obras monográficas y la enciclopedia en el siglo XVIII, que surgió en la edad media también.

Un tanto a la zaga aparecieron los diccionarios como un esfuerzo por acotar ese conocimiento, por delimitar, especificar y concretar el significado de conceptos y vocablos.² Como usuarios, tal vez con los primeros diccionarios que tenemos contacto son los del idioma, ya sea de la lengua española o del lugar donde vivimos, los de gramática, los de sinónimos y antónimos, de etimologías y, dado el caso, los bilingües. Sin embargo, diccionarios hay tantos como disciplinas y ramas del conocimiento: los hay de medicina, de

psicología, de mitología, de religiones, diccionarios filosóficos y de filosofía, de derecho usual, de sociología, de economía política, de criminalística y ciencias forenses, de química, geográficos, de educación especial, culinarios y de arquitectura; hasta uno ideológico feminista, otro jurídico polilingüe y uno conceptual de mercadotecnia. Hay diccionarios para contadores, de términos financieros y, por supuesto, de computación, en diversos niveles, incluido el que lleva figuras y dibujos para los inexpertos.

De los que existen resulta que pueden ser muy especializados, pero también interdisciplinarios, como por ejemplo uno de ciencias jurídicas, políticas y sociales. Algunos tienen títulos extensos y enigmáticos como *El irónico, patriótico, transpirenaico extractado de la biblioteca del sufrimiento español en la dominación francesa* de Lucas Alamán, que cita Laura Suárez de la Torre. Otros destacan por la sencillez de su título que indica solamente la materia compendiada. Conviene señalar, además, que los encontramos de varios tamaños, formas y presentaciones: de breves a enciclopédicos, en blanco y negro o ilustrados a todo color, y también de diversos formatos, desde la presentación de bolsillo a la de la red de redes.

En el panorama editorial mexicano en particular, con ejemplos de diccionarios tan antiguos como algunos realizados en

¹ Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita: diálogo e intervenciones*, Gedisa, Barcelona, 2000, p. 71.

² Agradezco a la doctora Laura Suárez de la Torre la información que me proporcionó para elaborar estas líneas.

los inicios del periodo colonial, el del doctor Hernández-Vela Salgado, por su especialidad, es un esfuerzo pionero. Se trata, sin duda, de un texto importante no sólo porque reúne conceptos o asuntos que de otra manera habría que buscar en distintas publicaciones, algunas de difícil acceso, sino porque ofrece un material de enorme utilidad para formar a los artífices y operadores de la política exterior mexicana, lo que me parece que constituye uno de sus principales objetivos y, desde luego, una de sus aportaciones más importantes, sin querer con esto reducir el alcance de su posible influencia en otras disciplinas y latitudes. Para explicar y entender su importancia, resultaría pertinente analizar los contextos políticos de México, nacional e internacional, en los que surgió y se ha reeditado este diccionario, vinculado también con el desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país, y en particular con el del estudio de las relaciones internacionales. No olvidemos que la historia de los diccionarios es parte de la historia de la cultura y de las ideas. Sin embargo, no intentaré aquí semejante empresa, solamente me propongo exponer algunos comentarios y presentar unos cuantos ejemplos.

Quiero destacar que este diccionario además de ofrecernos una

propuesta de definición de cada concepto, un sucinto pero cuidadoso análisis sobre su significado, evolución, desarrollo e implicaciones, basado en la información y los datos esenciales más recientes, contenidos en gran medida en los documentos fundamentales, que no suelen ser fácilmente asequibles, así como en una amplia pero selecta bibliografía especializada [p. IX],

nos proporciona una bibliografía que resulta fundamental para los estudiosos de la vida internacional. Es, además, una visión de la política internacional que adquiere mayor significación porque no es la visión desde las superpotencias, se inscribe más bien, en lo que podríamos llamar una corriente mexicana de pensamiento de la política internacional.

Ordenados alfabéticamente y con sugerencias de otras posibles entradas, encontramos conceptos, vocablos y siglas. Evidentemente está la doctrina Estrada, en estos tiempos tan esgrimida ante el nuevo giro que ha tomado la política exterior de México y en cuyo nombre ha habido múltiples intervenciones críticas y desafortunadas intervenciones. En el diccionario se incluye el comunicado de la cancillería en el que el ministro Estrada formula la tesis que ahora lleva su nombre (p. 442). No está de más revisarlo para no usar argumentos sin sustento. También está la doctrina Monroe, de tantas y tan graves consecuencias para los latinoamericanos, por decir lo más cercano. Y con éstos, una infinidad de ejemplos.

En cuanto a las siglas, por el diccionario sabemos que ZLN no nada más tiene un significado, se refiere también a la zona libre nuclear, que un CB es un cohete balístico, que el SOCHM es el sistema de observación del ciclo hidrológico mundial, que hay dos versiones de cielos abiertos, o que ERASMUS y DELTA, no son patronímicos, son dos programas con fines diversos, para la movilidad de los estudiantes el primero y para el desarrollo del aprendizaje el segundo; que JET no es un tipo de avión exclusivamente, sino una empresa conjunta europea, o que JOULE no sólo hace referencia a la relación entre

el calor y la energía, sino a un programa de oportunidades conjuntas para el suministro de energía no convencional a largo plazo.

Entre los 756 términos que conforman el diccionario hay muchas definiciones, entre ellas algunas que, desde la perspectiva de la historia mexicana, podrían abrirse. Por ejemplo, sería el caso de estrategia, explicada como una disciplina militar. Si miramos el siglo XIX y los vínculos que México estableció con su frontera oriental, encontraremos que nuestro país desplegó diversas estrategias, ninguna militar, para defender el flanco más vulnerable de su territorio, entre las que destacan el uso de amenazas de invasión a Cuba o el establecimiento de consulados o viceconsulados en el gran arco antillano, con lo que estableció una cadena informativa que le sirvió para normar su conducta internacional y, en particular, con la región. Aunque en el apartado correspondiente hay una aclaración acerca de que “dicho en forma simple y esquemática la estrategia es el plan elaborado con el propósito de alcanzar o lograr un objetivo”, creo que podría ser —y amerita serlo— reconsiderada esta definición desde la perspectiva de la política internacional.

Me llamó mucho la atención que las definiciones de política exterior o de relaciones internacionales fueran tan escuetas. Además, sobre este último concepto, si bien el diccionario dice que es un conjunto de ciencias, técnicas y artes, con un enfoque multi e interdisciplinario, encontré, con desilusión, que la historia probablemente está contenida en el etcétera del listado de los componentes de la disciplina Relaciones Internacionales. Como dice Duroselle, las relaciones internacionales no pueden estudiarse “sino sobre la mate-

ria proporcionada por la historia”.³ Esta consideración me hace ver de otra manera el tema de las definiciones en el diccionario, pues si bien el autor afirma que siguió poniendo “especial empeño por elaborar una mejor, más objetiva, imparcial y completa definición de cada concepto” (p. x), el estudio de la historia abre un abanico de miradas e interpretaciones que afectan eso que se llama la objetividad y la imparcialidad, y aporta elementos para percibir que los conceptos se resignifican.

Por la forma en que está organizado el diccionario, a veces no resulta fácil llegar a algunos personajes, por ejemplo a Henry Kissinger o a John F. Kennedy. Tal vez valdría la pena incluir otro tipo de índices complementarios que beneficiaran la eficiencia en la búsqueda. Esto tiene que ver con que de alguna manera, los diccionarios deben “encontrarse” con los lectores. Aquí estamos ante un ejemplo de lo que decía Chartier: por un lado está el orden que imprime el autor y por otro la lectura que es “por definición, rebelde y vagabunda”.⁴ El lector puede apropiarse de la información en el orden que le dio su autor, o la obra puede escaparse de ese orden y adquirir una existencia ligada a sus diferentes públicos. Un diccionario permite, como otros textos, la interacción dinámica y constante entre texto y lector, y los acercamientos son diferentes, según los lectores que se aproximan con ideas previas, equipados con diversas experiencias, interrogantes y ma-

³ Jean Baptiste Duroselle, *Todo imperio perecerá. Teoría de las relaciones internacionales*, FCE, México, 1998, p. 21.

⁴ Roger Chartier, *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 20.

neras de ver. El libro —decía Jorge Luis Borges— es un eje de innumerables relaciones.

En cada una de sus ediciones, el *Diccionario de política internacional* ha aumentado sus términos, pero en la medida en que la pretensión de un diccionario es reunir la mayor cantidad de ellos —pretensión que ha dado paso a la especialización— en éste sigue habiendo ausencias identificadas seguramente por cada uno de los lectores de acuerdo con sus intereses; esto no lo digo como una crítica sino, más bien, con la intención de apuntar nuevas entradas para futuras ediciones. Por mis intereses en particular, creo que me hubiera gustado encontrar, entre otras, una referencia a la AEC (la Asociación de Estados del Caribe), que representa una propuesta regional para impulsar la cooperación internacional; o a los *paraísos fiscales* ubicados en algunas islas antillanas y que han moldeado su vida en los últimos años. Tampoco hay referencias al petróleo o al agua, entre otros asuntos de vital importancia en la actualidad internacional.

El *Diccionario de política internacional* es labor de un solo hombre, y aunque no siempre es dable seguir la huella de María Moliner, evidentemente es un gran esfuerzo y tiene muchos aciertos, por ello resulta recomendable abrir sus páginas y realizar diversas búsquedas —dice Certau que “el lector es un cazador furtivo que recorre las tierras de otro”—, sin duda, éstas ofrecen un campo fértil para la reflexión, más allá de que se trata de un instrumento de consulta imprescindible, que nos permitirá no equivocarnos ante la profusión de vocablos, siglas y expresiones extranjeras, en infinidad de casos mal usadas y peor comprendidas. Por ello, no debe faltar en nuestras bibliotecas abiertas

al público, pero especialmente en las personales de todos quienes inscribimos nuestro trabajo académico o ejercicio profesional en el estudio o en la práctica de la política internacional de México.

Laura Muñoz
INSTITUTO MORA

Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, COLMEX, México, 2002, 248 pp.

El libro de Guillermo Zermeño aparece en un momento muy oportuno cuando se está discutiendo la urgencia de renovación de la historiografía en el mundo y en México. Se oyen lamentos en cuanto a los atrasos teóricos y metodológicos en muchas instituciones de enseñanza de la historia, ancladas en pequeñas áreas de conocimiento que pierden de vista elementos globales fundamentales. Los quiebres de paradigmas han producido un vacío teórico y han confinado en estériles empirismos. Se ha detectado como una de las graves rémoras, la actitud esclavizada en los datos sin capacidades explicativas. Se ha reiterado la importancia de sumergirse en los archivos, pero también se ha advertido que la labor del historiador no puede reducirse a eso. Se espera que muestre capacidad de conectar el hecho histórico con la totalidad que le da sentido.

El libro está muy bien fundamentado y somete implacablemente el quehacer de la historia a un análisis propiamente histórico. Establece esclarecedoras discusiones sobre teorías y métodos. Además de contener una argumentación sólida y compleja, tiene mucha erudición y está